

ran ensangrentado el suelo descubierto, y en las cuales cada partido hubiera obligado á tomar parte á los naturales. Pues bien; la autoridad del Papa era la que entonces acataban todos los soberanos de Europa, y la bula era el documento que evitaba conflictos entre las naciones, impedía el derramamiento de sangre, y salvaba á los indios de verse envueltos en las sangrientas luchas de los descubridores. Los descubrimientos de todas maneras eran necesarios, y en ellos estaban interesados la humanidad, la civilizacion y el bien de los habitantes de ambos mundos.

Ellos se hubieran efectuado mas tarde por naciones católicas ó no católicas, que se hubieran disputado sangrientamente el dominio. Fué, pues, un bien para los países descubiertos, que todos respetasen la disposicion del Sumo Pontifice, y ella evitó entonces grandes conflictos entre España y Portugal. Los reyes de España no tenían necesidad de la donacion del Papa para adquirir el dominio de las tierras descubiertas y que siguiesen descubriendo, toda vez que igual cosa se habia practicado y se sigue practicando por todas las naciones del globo que llegan á descubrir alguna parte ignorada y salvaje. La adquisicion del Nuevo Mundo se hubiera verificado de la misma manera sin bula que con ella; pero al solicitarla, su donacion fué benéfica á los países descubiertos. Aquella bula estableció como compensacion á la gracia otorgada, la propagacion de la luz civilizadora del Evangelio; imponia á los monarcas españoles la obligacion de velar por el buen trato, la seguridad y la instruccion de los sencillos indios, y confió la

defensa y el apoyo de éstos, á los misioneros, entonces respetados por todas las clases de la sociedad.

La inhibicion dictada en ella para que ninguna otra nacion fuese á comerciar en las tierras descubiertas sin prévio permiso de su poseedor, impidió que el Nuevo Mundo pudiese convertirse en campo de batalla de las naciones europeas, como lo fué España, en época remota, de los cartagineses y de los romanos, y lo era en aquellos instantes la Italia, salvando así á los americanos de los terribles males que sobre ellos hubieran llovido si las potencias discordes les hubiesen obligado á tomar parte en las contiendas, como acontecia á los italianos y aconteció á los iberos. La bula fué, pues, no emanada del capricho arbitrario del Papa, repartiendo á su antojo el mundo, como se ha dicho con demasiada ligereza, sino dictada en pro de la conveniencia social, y fué barrera firme contra el semillero de discordias que hubieran surgido de la ambicion y del orgullo. La cosas no se deben ver bajo el prisma de la preocupacion ó del antagonismo á un principio religioso ó político, sino con la justa observacion de la recta filosofía.

No podia haber recaído el derecho concedido por el Papa, en persona que mas garantías diese de su buen uso. La piadosa Isabel estaba exenta de ambicion innoble y de bastardas pasiones. Su alma era grande y elevados sus pensamientos por la virtud. Aquella excelente reina, que ha merecido los elogios de todos los escritores del mundo, no veia en los nuevos descubrimientos la riqueza material que podrian producir á la corona, sino la utilidad moral, el bien que podia llevar á los incultos ha-



bitantes de los lejanos países situados allende el Océano.

Preparativos para el segundo viaje de Colon. Los preparativos que desde la vuelta de Colon empezaron á hacerse para enviar una segunda expedicion con mas elementos que la primera, se activaron notablemente, y los reyes pusieron en accion todos sus recursos para equipar una armada que empezase á llevar al Nuevo Mundo los elementos de civilizacion y de prosperidad general. A fin de que los negocios marchasen sin tropiezo ninguno, se pusieron bajo la superintendencia del arcediano de Sevilla D. Juan Rodriguez de Fonseca, mas tarde obispo de Burgos y por último patriarca de las Indias. El despacho para todos los asuntos que se rozasen con las tierras descubiertas se fijó en Sevilla.

El arcediano D. Juan Rodriguez de Fonseca trabajó sin descanso por obsequiar cumplidamente los deseos de los soberanos, y logró que nada faltase de lo que juzgó útil para la expedicion.

Como la enseñanza de la religion católica y la propagacion del Evangelio en las tierras descubiertas era el objeto ostensible de aquellas expediciones, los Reyes Católicos, anhelando cumplir con la condicion que exigia la bula, de mirar por el bien de los indios, eligieron doce ministros religiosos y eclesiásticos, dándoles por superior al padre catalan Fray Bernardo Boil, monje franciscano, y no benedictino como algunos indican, de elevado talento, de acrisolada virtud y de profundo saber. El Papa, conociendo su capacidad y sus virtudes, le concedió, por bula de 24 de Junio, amplias facultades para que pudiese ejercitar sin cortapisa ninguna y con el decoro conveniente las

funciones de su ministerio apostólico. Los doce católicos misioneros encargados de difundir la luz del Evangelio iban provistos de cuanto era necesario para desempeñar dignamente su elevada mision, pues la reina Isabel les dió, de su propia capilla, los ornamentos y cálices que debian usar en las funciones mas solemnes.

Todos eran sacerdotes virtuosos y doctos que, llenos de un espíritu verdaderamente evangélico, se proponian arrostrar los mayores peligros y hasta la muerte misma, no por adquirir gloria ni riquezas temporales, que despreciaban, sino anhelando ser los protectores y maestros, los defensores y el apoyo de los indios, como lo fueron constantemente.

Algunos escritores han creido que entre esos primeros misioneros y sacerdotes iba D. Bartolomé de las Casas, que mas tarde llegó á ser religioso de Santo Domingo y obispo de Chiapas (1). Pero la equivocacion trae su origen del apellido. Fué, con efecto, en esta expedicion, una persona del mismo apellido; pero esa persona era D. Antonio las Casas, padre de D. Bartolomé, hombre de instruccion y talento que, animado del deseo de conocer las nuevas tierras descubiertas, se propuso acompañar á Colon, con quien tenia bastante amistad. Activo, laborioso y de capacidad, volvió á España á los cinco años con una buena fortuna. Su hijo, Fray Bartolomé de las Casas, jóven estudiante, á quien poco despues envió á la universidad de Salamanca, no marchó á las islas descubiertas, como ve-

(1) Beaumont: *Crónica de los Santos Apóstoles*, etc.—Murillo: *Geografía Histórica*.



remos á su tiempo, sino en 1502, en que acompañó á Don Nicolás Ovando, que iba de gobernador de la Española.

Elementos de prosperidad y de civilizacion que se envian á las Indias. Pero no solamente atendia la magnánima reina Isabel á lo espiritual, sino que con el mismo empeño trabajaba por la mejora material y social de los habitantes de los puntos descubiertos, y que el Papa habia puesto bajo su proteccion y amparo. Para que á la vez que se les instruia en la doctrina del Evangelio adquiriesen conocimientos útiles en las artes y en la agricultura, ajustó y pagó de su bolsillo hábiles artesanos y agricultores, á fin de que se estableciesen en las colonias, enseñando su oficio y trabajando en él. Herreros, carpinteros, sastres, mineros, ebanistas, labradores, zapateros, y otro gran número de hombres de diversos oficios, artes y ocupaciones, fueron enviados por cuenta de la reina.

Ganado con que la España enriquecia sus nuevas posesiones. A fin de que en el Nuevo Mundo que carecia de animales útiles para el trabajo y el alimento del hombre, se propagase la especie de todos ellos, se embarcaron en esta expedicion, gran número de caballos y yeguas, cerdos, toros, vacas, corderos y cabras. Lo mismo se hizo con respecto á los artículos que constituyen la riqueza de la agricultura, y que eran completamente desconocidos en la América. El arroz, el trigo, la cebada, el garbanzo, la lenteja, la berza, la lechuga, todo género, en fin, de legumbres y de semillas, fueron enviados con abundancia. Instrumentos de labranza, herramientas de todas clases, cuanto, en una palabra, se creyó necesario para formar un sólido establecimiento y poblar las tierras descubiertas de hombres úti-

les y trabajadores, se dispuso que marchase en la expedicion. Antes de saber si existia en abundancia el oro, gastaban éste los Reyes Católicos en enviar cuanto constituye la abundancia y felicidad de los pueblos: enviaban la verdadera riqueza en la agricultura y en las diversas clases de ganado que poseia España.

Nunca se ha dispuesto por gobernante ninguno del mundo una expedicion de mas noble intencion que la que guió á los Reyes Católicos en la enviada á las Américas. El magnánimo corazon de Isabel, ajeno á todo pensamiento mezquino, tomó, desde el principio, un interés verdaderamente maternal, puro, santo, en favor de los indios, en cuya felicidad se interesaba vivamente como si el cielo la hubiese elegido para ponerles bajo su proteccion y amparo. Conmovida por la sencillez y docilidad de los que habian llegado con el almirante, no menos que por las descripciones de éste, presentándoles como inofensivos, serviciales y de noble índole, recomendó muy encarecidamente que los indios fuesen tratados con la mayor benignidad; que fuesen atraidos á las creencias cristianas con afabilidad, dulzura y buena doctrina, y encargó á Colon que, si alguno de los españoles que formaban la expedicion les trataba mal ó era injusto con ellos, descargase sobre él un castigo severo y ejemplar, á fin de que nadie osase ofenderles en lo mas mínimo.

Entusiasmo para ir á las islas descubiertas. Aunque la primera expedicion en vez de utilidades á los que tomaron parte en ella no les dió por resultado mas que trabajos y pérdidas, sin embargo habia quedado viva la ilusion de que allí existian las regiones auríferas que proporcionarian á



los que partiesen hácia ellas las riquezas maravillosas descritas por Colon. Las muestras de oro traídas, aunque en corta cantidad, alucinaban á la multitud, dispuesta siempre á acoger con entusiasmo lo maravilloso. Pero no era solo el vulgo el que, dando entrada á las ideas de mejorar en instantes de fortuna, anhelaba partir hácia las nuevas regiones. Muchos hidalgos y caballeros de buena posición social, pero ambiciosos de gloria y sedientos de aventuras, quisieron hacer el viaje á su costa. El entusiasmo para conocer el Nuevo Mundo no tenia límites. Pasaban de mil quinientos voluntarios, la mayor parte hijos de ilustre cuna, que se ofrecieron á formar parte de la expedicion, haciendo los gastos de su cuenta. La guerra con los moros habia terminado, y una juventud ávida de escenas peligrosas, románticas y extrañas, anhelaba, por teatro de sus hazañas, regiones desconocidas, empresas arriesgadas, tan en armonía con el carácter caballeresco español de aquellos tiempos, en que brillaba en el zénit de su esplendor la gloria adquirida por sus armas y la lealtad de su palabra.

D. Alonso de Ojeda. Entre los distinguidos jóvenes cuya imaginacion romancesca idealizaban las islas del Nuevo Mundo y formaban parte de los expedicionarios, se encontraba uno de singular destreza en las armas, ágil, de musculatura robusta, de franca fisonomía, de ojos negros revelando inteligencia y osadía, de estatura regular, pero forzado y bien formado, de pensamientos levantados, de singular audacia, y pronto á tomar parte en las escenas donde mas en peligro estaba la vida. Este joven se llamaba D. Juan Alonso de Ojeda, célebre en la historia de

los primeros descubridores por sus maravillosas hazañas. Hijo de una familia distinguida, y educado bajo el patrocinio del duque de Medinaceli, habia dado vuelo á sus ideas caballerescas, constituyendo su placer el peligro y su vida la actividad. Suave en las palabras, duro en el combate; franco de bolsillo lo mismo que de corazon, el joven Ojeda se hacia simpático á todo el que le trataba. Nadie con mas destreza dirigia un corcel ni manejaba la cortante espada y la temible lanza. El carácter del caballero español D. Juan Alonso de Ojeda, está perfectamente dado á conocer en una anécdota que el venerable padre Las Casas cuenta de él en su historia.

Hallándose la reina Isabel en la torre de la catedral de Sevilla, llamada generalmente la Giralda, Ojeda, deseando distraer á su soberana y dar muestras de su valor, destreza y agilidad, se subió, con admirable desenvoltura, á una viga que sobresalia mas de veinte varas fuera de la torre. La altura á que se hallaba de la tierra hacia que casi se hicieran imperceptibles las personas que pasaban por la calle, y hubiera hecho estremecer al hombre mas acostumbrado á mirar desde alturas peligrosas. Pero el joven Ojeda, contento en el peligro, porque su corazon era ajeno al temor, subió por la viga con la franqueza y libertad con que hubiera andado por una sala alfombrada. Cuando llegó á la punta de la viga, que, como se ha dicho, sobresalia como veinte varas de la torre, levantó con desenvoltura la pierna derecha al aire, y girando sobre la izquierda, se volvió con desembarazo hácia la torre, sin que su vista se desvaneciese ni su corazon sintiese el mas leve terror al mirarse á la inmensa altura en que se hallaba.



Estando cerca de la torre, se quedó con un pié sobre la viga, poniendo el otro en la pared de la torre, y sacando una naranja que llevaba, la arrojó por encima de la torre con la misma seguridad con que hubiera tirado una piedra desde el suelo; actos que revelan, como dice Las Casas, notable fuerza muscular.

El entusiasmo de la juventud para marchar en la expedición, no tenía límites. La imaginación de los caballeros se había forjado, con las descripciones rebosantes de colorido de Colon, un mundo maravilloso envuelto en aromas, oro, perlas y delicias. La guerra con los moros había terminado; las hostilidades con Francia se habían suspendido, y la nobleza guerrera de la caballerescas España anhelaba la vida activa de las empresas atrevidas. Miraba la expedición á lejanas y desconocidas tierras, como una cruzada no menos importante que la que inmortalizó el nombre de los intrépidos caballeros cristianos en la Tierra Santa, y se presentaba en Sevilla para partir al mundo descubierto. Pero los reyes no quisieron que el número excediese de lo que se habían propuesto, hasta no estar ciertos de la marcha que podían tomar los asuntos en las islas descubiertas, y muchos tuvieron que quedarse.

La armada se componía de diez y siete bajeles, que el mayor no llegaba á cien toneladas, y las personas dispuestas para marchar en ellos ascendían á mil y quinientas.

Entre los viajeros se encontraban los indios, á quienes todo el mundo miraba con aprecio, pues solo quiso quedarse en la corte de España, al lado del príncipe, el mas distinguido de ellos, llamado D. Juan de Castilla, que murió dos años despues.

Colon era la autoridad suprema en aquella expedición. Estaba investido de los títulos de almirante, virey y gobernador de todos los países que había descubierto y siguiese descubriendo; se le confió el sello de los soberanos, autorizándole á que lo usase cuando concediese algun empleo en los territorios nuevos, y se le facultó para que pudiese nombrar, en caso de ausencia, un lugar-teniente, invistiéndole con los mismos poderes mientras durase aquella.

Isabel nombra á los hijos de Colon pajes del príncipe D. Juan. La reina Isabel, mirando con celoso interés por todo lo que pertenecía á la honra del leal vasallo que acababa de dar á la corona de Castilla vastas posesiones, nombró á sus hijos Diego y Fernando, pajes del príncipe D. Juan, favor que solo se dispensaba entonces á los jóvenes de la mas alta nobleza.

Armas, municiones, caballos de batalla, víveres en abundancia, todo se hallaba á bordo de los buques.

Enormes habían sido los gastos hechos por la corona para aquella expedición.

Nada faltaba para la partida. El momento de ésta llegó, y Colon se colocó en el castillo de su carabela.